

Miguel León-Portilla

La filosofía náhuatl estudiada en sus fuentes

Ángel María Garibay K. (prólogo)

Undécima edición

Ciudad de México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2017

526 p.

Ilustraciones

(Serie Cultura Náhuatl: Monografías, 10)

ISBN 978-607-02-8765-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 30 de marzo de 2017

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/filosofia/nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



EL PROBLEMA DEL ALBEDRÍO HUMANO

Al lado de las consecuencias más bien optimistas de la concepción náhuatl de la persona: *rostro y corazón*, nos hallamos ahora con uno de los más serios problemas que pueden presentarse al hombre de todos los tiempos: el de su libertad o destino fatal. Aquí, como ya se ha hecho en otros lugares de nuestro estudio, cabe distinguir un doble plano mágico-religioso por una parte y filosófico por otra.

Desde el punto de vista de la religión, nos encontramos con la antigua concepción náhuatl del destino humano predecible en función del *tonalámatl* o libro adivinatorio. Numerosas son las investigaciones llevadas a cabo sobre el *tonalpohualli* o cuenta de los días: calendario adivinatorio de 20 grupos de trece días (20 trecenas), 260 días en total. De hecho se conservan varios códices como el *Borbónico*, el *Borgia*, el *Vaticano A* y el *Telleriano-remensis*, que constituyen precisamente o incluyen al menos un *tonalámatl*. Es igualmente valiosa a este respecto la documentación en náhuatl de los informantes de Sahagún, sobre la que éste escribió el libro IV de su *Historia* acerca de la “astrología judiciaria, o arte de adivinar” de los indios.²⁴

Resumiendo admirablemente el meollo de la concepción mágico-religiosa implícita en el *tonalpohualli*, dice Soustelle:

Quando el hombre nace o “desciende” (*temo*) por decisión de la dualidad suprema, se encuentra automáticamente insertado en este orden,

²⁴ La única edición del texto náhuatl correspondiente, según el *Códice de Madrid*, paleografiado y con traducción adjunta al alemán, la debemos a Leonard Schultze Jena, que lo publicó en la ya citada colección de Fuentes para la Historia Antigua de América, de la Biblioteca Latinoamericana de Berlín, con el título de *Wahrsagerei, Himmelskunde und Kalender der alten Azteken*, Stuttgart, 1950. El material indispensable para un estudio a fondo del *tonalpohualli* se halla en las páginas 84-232. Posteriormente (1957) Dibble y Anderson han publicado el mismo texto náhuatl según el *Códice de Florencia* con versión al inglés: *Florentine Codex*, Books IV and V, Santa Fe, Nuevo México, 1957.

aprisionado por esta máquina omnipotente. El signo del día de su nacimiento lo dominará hasta su muerte; determinará incluso ésta y por consiguiente su destino ulterior, según que haya sido escogido para morir sacrificado —se unirá entonces al cortejo resplandeciente del Sol— o ahogado, en el cual caso conocerá las delicias sin término del *Tlalocan*, o en fin, destinado a la aniquilación en el más allá tenebroso del *Mictlan*. Toda su suerte se halla sometida a una predestinación rigurosa.²⁵

Para poder precisar todo esto se valían los sacerdotes y adivinos de sus *tonalámatl*, en los que *leían* los varios caracteres fastos o nefastos del día en que un niño nacía, o en el que debía ejecutarse alguna acción de importancia. Por vía de ejemplo —ya que sobre la base de los textos nahuas podría escribirse todo un libro— mencionaremos algunos de los casos comentados por Schultze Jena en un apéndice a su obra. Podrán vislumbrarse varios de los complicados factores que debían tomarse en cuenta para hacer lo que pudiéramos llamar el “diagnóstico calendárico” de una fecha determinada.

Era necesario atender antes que nada al carácter propio del año en cuestión. Éste dependía fundamentalmente de lo que hemos llamado en el capítulo II su “orientación espacial”. O sea que, en cada cuenta de 52 años (un siglo náhuatl) había cuatro grupos de trece años orientados hacia cada uno de los cuatro rumbos del universo. Así, los años guiados por *1 ácatl* (1 caña) participan todos de la fertilidad y la vida del oriente; aquellos que empezaban con *1 técpatl* (1 pedernal) llevaban consigo la idea de aridez y muerte del rumbo del norte; los que con *1 calli* (1 casa) miraban al poniente se teñían del carácter de ocaso y decadencia propio del rumbo donde está la casa del sol; y por fin la *trecena* de años que siguen a *1 tochtli* (1 conejo), espacializados hacia el sur, eran tenidos por indiferentes.

Pero junto con esto, era menester tomar en cuenta el carácter propio de los varios números de cada *trecena*, tanto de años como de días. Así, por varias razones que nos desviarían de nuestro propósito si pretendiéramos analizarlas aquí, puede afirmarse en principio que eran fastos los 3, 7, 10, 11, 12 y 13 y nefastos los 4, 5, 6, 8 y 9. Por lo que a los números 1 y 2 se refiere, diremos que 1, como acompañante del signo del *tonalámatl* que introduce a una *trecena*, era tenido

²⁵ Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques...*, p. 140.

por indiferente. El 2 en relación con el signo *tochtli* (conejo) era tenido por nefasto; en otros casos podía llegar a ser propicio.

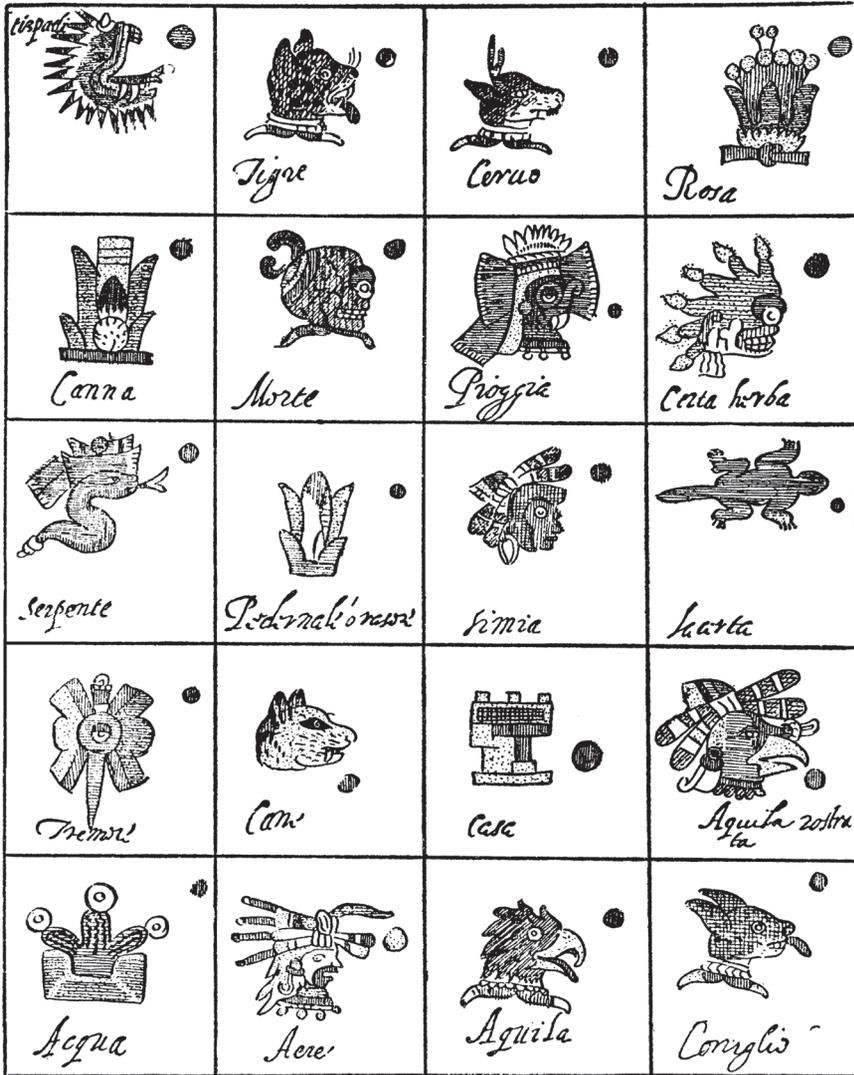
Pero, junto con la influencia propia de los años y los números, había que atender asimismo al carácter inherente a cada uno de los 20 signos del *tonalámatl*. Así, refiriéndonos sólo a unos cuantos de ellos diremos, por ejemplo, que el signo águila (*quauhtli*) connota un aspecto guerrero; el del buitre (*cozcaquauhtli*) implica ventura y esperanza de longevidad. El signo conejo (*tochtli*) se relaciona con la inclinación a la embriaguez, el de la lluvia es benéfico y así pudiera continuarse con los otros signos del *tonalámatl*.

Para poder pronunciar sus presagios, los *tonalpouhque* o sacerdotes adivinos debían combinar e interpretar la resultante de todos los varios factores que podrían influir en un día determinado. O sea, tenían que tomar en cuenta el carácter espacial del año, constituido por su propia orientación y número; el carácter de la trecena indicado asimismo por su número y signo introductor; y finalmente el del propio día, determinado también por la combinación particular de número y signo, así como su consagración a alguna divinidad en especial. Y como podía suceder que en un día determinado, en un año favorable por su número y signo, concurrieran no obstante factores nefastos, tocaba al adivino contrapesar los varios influjos para dar al fin su “diagnóstico calendárico”.

Y es de especial interés decir que cuando tocaba a alguien *descender* a este mundo (nacer) en un día francamente nefasto, entonces, para mitigar este destino o aun cambiarlo, los *tonalpouhque* debían señalar para la ceremonia del “bautismo e imposición de nombre” una fecha lo suficientemente propicia como para contrarrestar los augurios funestos del nacimiento. Así, dice Sahagún en su *Historia* que:

Después de haberse dado a luz la criatura luego procuraban saber el signo en que había nacido para saber la ventura que había de tener; a este propósito iban luego a buscar y a hablar al adivino que se llama *Tonalpouhqui*...

Después que el adivino era informado de la hora en que nació la criatura, miraba luego en sus libros el signo en que nació y todas las casas del signo o carácter que son trece, y... por ventura les decía: No nació en buen signo el niño, en signo desastrado; pero hay alguna



Los veinte signos del tonalámatl (Códice Vaticano)

razonable casa que os dé la cuenta de este signo, la cual templa y abona la maldad de su principal, y luego les señalaba el día en que se había de bautizar..., o les decía: mirad, que está su signo indiferente, medio bueno y medio malo, luego buscaba un día que fuese favorable, y no le bautizaban al cuarto día; hecho todo esto se hacía el bautismo,

en algún día que fuese favorable, o en uno de los doce que se cuentan con el primer carácter...²⁶

En esta forma contrapesando los influjos de días opuestos —fasto y nefasto— es como creían los *tonalpouhque* poder librar al hombre, en la mayoría de los casos, de un destino fatal. Y es que, aun cuando indudablemente el *tonalpohualli*, o cuenta de los días, implicaba un cierto determinismo, éste no era tan absoluto como para condenar indefectiblemente al hombre a una forma de comportamiento necesario. Los textos nahuas recogidos por Sahagún nos dicen expresamente lo contrario. O sea que dejan abierto el campo —supuesta, es claro, la influencia de los días del nacimiento y bautismo— a una cierta intervención libre del querer humano. Véase, si no, el siguiente texto referente al comportamiento de quien había nacido en un día 7 *flor*:

Hacía merecimientos, se amonestaba a sí mismo: le iba bien...

Estaba fuera de sí, nada llevaba a cabo, de nada se hacía digno: sólo su humillación y destrucción merecía.²⁷

Y es importante recalcar que, según este texto, la explicación del “irle a uno bien” o de “merecer sólo humillación y destrucción” está precisamente en “amonestarse a sí mismo” (*mo-notza*). Schultze Jena en el vocabulario adjunto a su versión paleográfica, en la que se halla el texto que comentamos, traduce así la palabra *mo-notza*: “se llama a sí mismo”; “entra dentro de sí”; “se sobrepone a

²⁶ Fray Bernardino de Sahagún, *op. cit.*, t. I, p. 626-627. A propósito del bautismo o “bateo”, como le llama Sahagún, practicado por los pueblos nahuas, hay que notar que desde un principio admiró mucho a los frailes el encontrarlo, por la manifiesta semejanza que encierra respecto del rito cristiano. Soustelle describe así sucintamente las ceremonias del bautismo náhuatl: “Los ritos del bautismo eran ejecutados no por el adivino, ni por un sacerdote, sino por la comadrona. La ceremonia comprendía dos partes: el lavatorio ritual del niño y la imposición del nombre... Con sus dedos mojados depositaba algunas gotas sobre la boca del niño... luego, sobre su pecho..., levantaba por fin a la criatura, pronunciado la fórmula destinada a ahuyentar los males... Después de los cuatro ritos del agua, cuatro veces presentaba el niño al cielo invocando al Sol y a las divinidades astrales... Terminados estos ritos se hacía la elección del nombre del niño que luego era dado a conocer...” (Jacques Soustelle, *La vie quotidienne des aztèques...*, p. 195-197.)

²⁷ *Textos de los informantes de Sahagún*. Véase la versión paleográfica de Schultze Jena en *Wahrsageri, Himmelskunde und Kalender der alten Azteken*, p. 104, AP I, 43.

sí mismo”; “llega el dominio de sí mismo...”²⁸ De lo que parece seguirse que atribuían los nahuas la posibilidad de modificar su propio destino a un cierto control personal, resultado de llamarse a sí mismo en el interior de la conciencia.

Y no es éste un texto aislado. Pudiéramos aducir aquí otros en los que se subraya también expresamente la importancia del querer humano, que puede llegar incluso a desaprovechar un destino propicio. Así, por ejemplo, dicen los informantes:

Y algunos obraban con pereza aunque era bueno el signo en que habían nacido: éstos vivían miserables.²⁹

Aceptaba, por tanto, el mismo pensamiento mágico-religioso de los nahuas la modificación del destino del día en que se nace, atenuándolo o neutralizándolo con la elección de una fecha favorable para el *bautismo*. Y, por otra parte, tomando ya la resultante del sino (*tonalli*) de cada hombre, se reconocía que con su querer y su amonestarse a sí mismo (*mo-notza*) podría lograr que le fuera bien en la vida, del mismo modo que podía perderse, aun a pesar de haber nacido en un día propicio.

Esta idea —formulada sobre la base de los textos— debe hacernos analizar con mayor cuidado el más o menos generalizado juicio sobre un “fatalismo náhuatl”. Es cierto que los nahuas creían en un particular influjo inherente a los varios signos y fechas del *tonalpo-hualli*. Mas es igualmente verdad que, a excepción de algunos pocos casos mencionados en los textos, de ordinario se admite que por el control de sí mismo (*mo-notza*) se puede superar un destino fatal, así como por negligencia es posible arruinarse. Una tal concepción dista ciertamente de lo que suele entenderse por fatalismo absoluto.

Habiendo constatado esto en el plano mágico-religioso, es conveniente pasar ahora al estudio de las ideas más elevadas de los *tlamatinime*, preocupados directamente, en su calidad de maestros, del problema del albedrío humano. Repetiremos para esto, una vez

²⁸ *Ibid.*, p. 303. Damos aquí los términos alemanes empleados por Schultze Jena para traducir la palabra *mo-notza*: er ruft, nennt sich; geht in sich, wird genannt; überlegt es sich, kommt zur Selbstüberlegung.

²⁹ *Ibid.*, p. 94; AP I, 44.

más, que entre sus varias misiones se menciona expresamente la de “humanizar el querer de la gente”.³⁰ Esto solo nos habla ya de que juzgaban los *tlamatinime* que era posible influir por la educación en el querer o albedrío del hombre. De otra manera resultaría absurdo pretender humanizarlo. Se admite, por tanto, que la educación que lleva, como hemos visto, a la formación de un rostro y un corazón, se dirige asimismo a dar un sentido humano al querer, liberándolo de cualquier ciego fatalismo. Y para esto, en completo acuerdo con lo que hemos ya encontrado, se señala la forma de lograrlo: enseñando a la gente a amonestarse o controlarse a sí misma. He aquí lo que transcribimos ya al ocuparnos de la figura del sabio:

Maestro de la verdad, no deja de amonestar...
les abre los oídos, los ilumina...
gracias a él la gente humaniza su querer
y recibe una estricta enseñanza...³¹

Tal es la afirmación implícita de un libre albedrío modificable por la educación. Ignoramos cuáles hayan sido las razones últimas que pudieron engendrar en los *tlamatinime* una semejante confianza en el poder de la educación, creadora de rostros y humanizadora de voluntades. Quizá, más que argumentos abstractos, fueron los resultados mismos de su sistema educativo la mejor prueba de carácter intuitivo. O sea, el hecho innegable de la formación de hombres de rasgos morales bien definidos, de los que la historia nos ha conservado algunos nombres: *Nezahualcóyotl*, *Tlahuicole*, *Motecuhtzoma Ilhuicamina* y *Cuauhtémoc*, para no citar otros más.

Pero, al lado de ésta, que llamaremos con justicia doctrina humanista del albedrío, llegaron los *tlamatinime* simultáneamente a descubrir uno de los más hondos problemas para quien admite la existencia de un principio supremo, origen y fundamento universal. Se trata de la versión filosófica náhuatl del viejo tema de las relaciones del hombre que se juzga libre, con la divinidad que todo lo gobierna, ya que “tiene cabe sí el ser de todas las cosas” (*Tloque Nahuaque*).

³⁰ *Textos de los informantes de Sahagún*, edición facsimilar de Paso y Troncoso, v. VIII, f. 118v; AP I, 8.

³¹ *Loc. cit.*

Y conviene recalcar que no se trata más del problema mágico-religioso de superar el destino determinado por el *tonalpohualli* o cuenta de los días. Es la cuestión filosófica, tal vez insoluble, de lo que puede ser la llamada acción libre del hombre a los ojos de Dios. En un texto náhuatl recogido por Sahagún e incorporado a lo que recibió el nombre de *Códice florentino*, hallamos expresado magistralmente el pensamiento náhuatl a este respecto:

- 1 Nuestro Señor, el dueño del cerca y del junto,
- 2 piensa lo que quiere, determina, se divierte.
- 3 Como él quisiere, así querrá.
- 4 En el centro de la palma de su mano nos tiene colocados, nos está moviendo a su antojo.
- 5 Nos estamos moviendo, como canicas estamos dando vueltas, sin rumbo nos remece.
- 6 Le somos objeto de diversión: de nosotros se ríe.³²

Comentario del texto:

Línea 1. *Nuestro Señor, el dueño del cerca y del junto.*

Desvaneciendo cualquier duda sobre quién es el sujeto al que se refiere el texto, comienza por mencionarse a la divinidad con uno de sus nombres nahuas más característicos y que mejor expresan su dominio universal sobre el ser de las cosas: Nuestro Señor (*Totecucyo*), *el dueño del cerca y del junto* (*in Tloque in Nahuaque*).

Línea 2. *piensa lo que quiere, determina, se divierte.*

De manera lapidaria, empleando siempre una forma verbal reflexiva, se mencionan los que podríamos llamar aspectos fundamentales de la acción divina. El primero se refiere a los planes de Dios como inventor de cuanto existe (*moyocoia*). En seguida se menciona con un matizado compuesto náhuatl la plena independencia de su querer, *mo-nenequi*: que literalmente significa “hace por sí o para sí lo que se le antoja”. Finalmente, la tercera idea expresada se refiere a lo que pudiera describirse como un atisbo acerca del móvil de la acción de Dios, *mo-quequeloa*: “hace diversión para sí”. O sea, que

³² *Códice florentino*, lib. VI, f. 43v; AP I, 45.

en lo más elevado del pensamiento náhuatl se concebía que la razón última por la cual la *generación-concepción* de *Ometéotl* se difundía fuera de sí misma, dando lugar a una creación, era el deseo de Dios de “divertirse” o complacerse con el espectáculo de los seres transitorios pobladores de *tlaltípac* (la superficie de la tierra). Esta idea, como ya se indicó antes, difiere por completo de la concepción místico-guerrera de los jerarcas aztecas, según la cual el fin de la creación del hombre es encontrar cooperadores que mantengan con sangre la vida del sol.

Y tal vez el pensamiento de los *tlamatinime* que no deja de ser nunca poesía, *flor y canto*, esté más cerca de la verdad de lo que pudiera suponerse. Porque, si es cierto que parece imposible que el hombre, desde *tlaltípac*, logre vislumbrar el secreto motivo de la “creación”, es también justo añadir que atribuirle a un deseo divino de tener un espectáculo, en el que seres distintos actúen en un mundo de ensueño, si no es acaso la explicación suprema, es al menos una hermosa *flor y canto* con que se apunta hacia uno de los muchos misterios de *topan*, *mictlan* (lo que nos sobrepasa, el más allá).

Línea 3. *Como él quisiere, así querrá.*

Nueva afirmación, la más tajante, de la independencia absoluta del Señor del cerca y del junto. A la luz de esta idea y de lo que se ha señalado en la línea 2, podrá comprenderse mejor el cuadro que aparece en las líneas siguientes.

Líneas 4-5. *En el centro de la palma de su mano nos tiene colocados, nos está moviendo a su antojo. Nos estamos moviendo, como canicas estamos dando vueltas, sin rumbo nos remece.*

Tal es —admitido el dominio universal de *Ometéotl*— la situación del hombre sobre la tierra, magistralmente pintada por los *tlamatinime*. Es éste un cuadro tan plástico y de una fuerza expresiva tan grande, que podría llegar a ser inspiración de un mural auténticamente mexicanista. *Ometéotl* tiene a los hombres en el centro mismo de su mano (*imácpal iyoloco*) y allí, sosteniendo y dominando a los pobres *macehuales* (los hombres), introduce la acción en el mundo: “nos está moviendo a su antojo”. Y nosotros, sin reposo posible, hemos nacido, vivimos, sufrimos, buscamos un *rostro* y con

un corazón inquieto anhelamos poseer lo *verdadero* en la tierra, lo que acabaría con la inquietud y nos daría cimiento perfecto en nosotros mismos. Por esto “nos estamos moviendo (*timimiloa*), como canicas o bolas de piedra damos vueltas” (*ti-te-tololoa*). Y lo más trágico de nuestro existir está en que, no obstante que nos pensamos libres, ignoramos cuál es nuestro destino final. Por eso —concluyen los *tlamatinime*— decimos que “sin rumbo (*ahuic*) él nos remece”.

Línea 6. *Le somos objeto de diversión: de nosotros se ríe.*

He aquí la conclusión de lo que se ha dicho acerca de la condición del hombre frente a la divinidad. Se tiene conciencia, gracias a la visión lograda con *flores y cantos*, de que, en una forma o en otra, *Ometéotl* nos observa. Tal vez por esto no pocas de las divinidades del panteón náhuatl —que como hemos visto son las varias máscaras con que se encubre el rostro dual de *Ometéotl*— son representadas con un *tlachialoni* o “miradero”, a través del cual observan al mundo.

Y la razón por la que *Ometéotl* contempla a los hombres es porque parece que “le somos objeto de diversión”. Y termina el texto con una frase de hondo sentido, que apunta a la relativa importancia del hombre ante Dios: “él de nosotros se ríe”.

Es éste el cuadro en que se describen filosóficamente las relaciones del hombre y su albedrío con la divinidad “en cuya mano estamos”. Como este texto, hay otros que pudieran aducirse en una monografía destinada exclusivamente a estudiar este tema en el pensamiento náhuatl. Aquí, creemos suficiente lo que se ha dicho para mostrar cómo, a pesar del aparente fatalismo del *tonalpohualli*, tuvieron conciencia los *tlamatinime* de la importancia del albedrío de la gente que puede y debe humanizarse. Y cómo, no obstante esto último, planteándose al fin el problema en un plano más elevado, apuntaron metafóricamente a la menesterosa condición del hombre, que sintiéndose libre y tal vez siéndolo hasta cierto grado, existiendo en la mano de *Ometéotl*, se mueve sin cesar como una canica que va sin rumbo de aquí para allá.

Y de nuevo, ante la hondura del pensamiento analizado, nos atrevemos a repetir la pregunta hecha ya anteriormente: quienes llegaron a una especulación semejante, los *tlamatinime*, ¿no merecen con pleno derecho el calificativo de *filósofos* con que los designó Sahagún?